

conceptos de autoría y obra original, la disolución de las fronteras entre las disciplinas artísticas, entre otras. Hay nuevas visiones, nuevas necesidades, nuevas relaciones y nuevos espacios donde los y las artistas-diseñadores deberán insertarse. Las nuevas funciones que deberán cumplir serán híbridas y mestizas como el mundo posmoderno.

Cine argentino, ayer y hoy Aportes de los proyectos populares del pasado

María de la Paz Bernárdez

Desde una mirada retrospectiva, creo que es necesario replantearnos la necesidad de crear un cine argentino nuevo, teniendo en cuenta la obra siempre vigente de los creadores de antiguas estéticas cinematográficas que demandan la atención vigilante del que asiste al espectáculo y que completan la obra a partir de la mirada activa de un espectador que vivencia el hecho filmico desde su contexto. Cito entonces, la obra de dos documentalistas que desde diversos lugares de origen hacen del documental un instrumento de intervención del espectador en la realidad que lo rodea: Alain Resnais y Fernando Pino Solanas.

Los años '60 marcan una época en donde aún se privilegia la asistencia a las salas de cine y por sobre todo en Argentina hay un público que asiste a los cineclubs. Hoy en día y gracias al aporte de nuevas tecnologías y si se quiere del delivery, es factible encontrar videoclubes que satisfacen la demanda de cinéfilos y públicos diversos. Pero a pesar de ésta facilidad en el acceso ¿Dónde está puesta la mirada del cine cuando los hechos ocurren? ¿Cuál es nuestro papel como espectadores de los mismos? ¿Qué tipo de cine consumimos?

Era una adolescente cuando por primera vez pude contemplar la elocuencia de las imágenes de Alain Resnais en *Noche y niebla*. La vista del campo de concentración de Auschwitz estaba allí, haciendo un paralelismo entre las imágenes de la posguerra y un pasado de horror reciente. Se planteaba la ética del mostrar para concientizar, nada escapaba al campo de la visión ni se daba lugar a la imaginación, pues la imagen estaba allí y en conjunción con lo verbal se infería directamente la decadencia del ser humano en aquellos campos de la muerte. Como un espectáculo patético podía verse declinar al hombre en un infierno presente. Era lo corpóreo transitando por los senderos de la destrucción y era la esencia del hombre individual la que se descomponía cumpliendo con un proyecto de exterminio masivo.

El cine, me habían dicho mis maestros, es "ilusión de realidad" y estaba pues allí, haciéndose presente denunciando una realidad que poco se asemejaba a una ilusión.

Un deseo era que aquella realidad documental, se hiciese ficción para que no fuesen sus protagonistas individuos de carne y hueso que padecían frente a la crueldad de una ideología siniestra y genocida.

Ficción y documental como dos estrategias diferenciadas con un único fin: la producción de sentido como dirían los teóricos.

Años más tarde, la guerra ya no era una vicisitud que le ocurría a los pueblos de Europa, la ebullición ya se instalaba en la sociedad argentina desde el '55 en adelante e irrumpía con violencia en los '70.

Fueron duros años también de exterminio, de persecución, tortura y muerte.

En los '60, cineastas como Fernando Pino Solanas, denunciaban en documentales como *La Hora de los Hornos* el futuro de las débiles democracias latinoamericanas, instando y concientizando a los pueblos a la militancia y a la participación política. De una manera visualmente menos cruda, pero no menos efectiva que la de Resnais asistíamos al espectáculo del hombre subyugado. Poco después, la mezquindad política y la inmadurez de sectores de las fuerzas armadas, sumían al país en el período más oscuro de la historia argentina. Para es entonces, el cine, estaba allí acallado y una y mil veces censurado. Directores prestigiosos y talentosos artistas se vieron expulsados hacia el doloroso exilio o exterminados como Raymundo Gleizer. Se instalaba en el discurso filmico la idea de orden y mesura y *films* de bajo presupuesto con argumentos inconsistentes llenaban los cines de una sociedad que iba camino a la despolitización.

Mientras los *films* de la dictadura salvaguardaban la moral cristiana bajo el discurso moralista de la familia como célula básica de la sociedad, se asistía a la desintegración de la misma sustrayéndosele horrorosamente sus hijos. Lejos estaban las ideas de resistencia de Solanas y de cine de base de Gleizer. Quienes las ejercían debían optar por el silencio forzoso del destierro o la desaparición. Es así como de nuevo, pero en nuestra patria, la dialéctica corpóreo-incorpóreo tomaba dimensión. El cuerpo como instrumento de tortura y la terrible experiencia de la desaparición, perfilaban una ética del no saber, del no haber visto como sufre el personaje de Alicia que bajo la dirección de Puenzo y el guión de Aída Bortnik se plasman en *La historia oficial*.

Diversos *films* post-proceso como *La noche de los lápices*, *Un muro de silencio* y *Garage Olimpo* entre otros, denuncian la atrocidad de un Auchwitz nacional. Posteriormente un nuevo cine se abre paso en la década postmenemista y es aquel que da cuenta de los valores argentinos quebrados y tergiversados, como narra *Nueve reinas* de Fabián Bielinski, o por el contrario la mirada de Campanella en *Luna de Avellaneda* que trata de recuperar valores olvidados como la solidaridad, los viejos lugares de reunión, los años dorados en un club de barrio, el desempleo y su impacto en nuestra cotidianidad, como así también la pérdida de la felicidad de los sujetos comunes.

En medio de toda esa producción, cabe reflexionar sobre el papel del cine como transmisor de los valores de una sociedad, que luego de las sucesivas crisis intenta forzosamente redefinirse.

Hoy, bajo otra mirada, vuelvo a situarme en la obra de Solanas y pienso en la capacidad de vislumbrar el futuro de aquellos cineastas de los años 60. Vuelvo a pensar en Resnais y veo la vigencia de *Noche y niebla* en la

actual crisis de Medio Oriente y el atentado de 11 de Septiembre del 2001.

Vuelvo a preguntarme, si bajo la experiencia del horror pasado, no cabe reconsiderar los valores de las sociedades del presente y si en Argentina no urge la necesidad de un nuevo cine de la militancia, un cine que de cuenta de los problemas de la gente y donde el público se sienta identificado. Solanas, en *La Hora de los Hornos* propone la participación. Podría decirse que la estructura panfletaria de su documental, opera en función de la no pasividad. Su obra da cuenta de la triste situación de los pueblos de Latinoamérica y logra a través del principio constructivo del montaje despertar nuestros sentidos.

Muchas veces pecamos de ver el horror de un panorama externo, léase Hiroshima, Auschwitz, Medio Oriente, no por externo menos terrible y no sabemos o no queremos dar cuenta de nuestras propias miserias.

La violencia, la inseguridad no es hoy una ficción propia de Quentin Tarantino, sino que clama por instalarse en nuestra cotidianeidad. Hechos recientes como la desaparición de un ser humano en el marco democrático nos llaman a la reivindicación de valores por los que debemos luchar y no resignar.

Juventudes maravillosas a las que debemos incentivar pelean por dar cuenta de nuestros problemas en el cine independiente. Sugestivo es que la crítica siempre descubra nuevos talentos en nuestros festivales, en cinematografías extranjeras como por ejemplo el cine taiwanés. Es allí cuando me cuestiono el lugar de nuestra mirada. Reflexiono una vez más ¿Por qué no incluimos a esos nuevos talentos a la estructura de producción? ¿Qué valores privilegia nuestra sociedad que hace que los principales hacedores de la cultura queden afuera?

Hoy creo que es fundamental y necesario hacer una lectura del cine que nos precedió, pero resignificándolo. Es preciso reflexionar sobre los que nos aportan los proyectos populares del pasado y tener en cuenta la propuesta del presente. Solanas, Puenzo, Resnais dan cuenta de una realidad que avanza como un fantasma olvidado, los hechos recientes lamentablemente lo confirman. Se instala en nuestras pantallas nuevamente, la estética de la violencia, pero que sólo es percibida cuando el cine norteamericano nos invade con el estreno de *Las torres gemelas*. En nuestro país esa violencia está a punto de naturalizarse.

Vuelvo a preguntarme sobre que lugar en nuestra sociedad queremos darle a nuestro cine, y qué espacio queremos adoptar como espectadores, ciudadanos y sujetos participantes de la cultura. No hablo de una estética de no mostrar, pues ya conocemos el precio del no mirar. Tampoco hablo de una estética de refregar la violencia como un simple golpe bajo. Hablo de un cine argentino rico en una estética de la evidencia y de una estética del darse cuenta que promueva el valor de participar.

Hablo también de crear y no olvidar y tomando todo lo que nos ofrece nuestro pasado, resignificar...

El camino del conocimiento y la construcción de sentido de la práctica docente

María de Paz Bernárdez

Más allá del temario a desarrollar para cada cuatrimestre, cada cursada es un nuevo desafío. No hay una comisión que en apreciación, gustos e intereses sea igual a la otra. Nos enfrentamos cuatrimestre a cuatrimestre, frente a seres humanos diversos, no sólo por el hecho de haber nacido en países distintos y con idiosincrasias diferentes sino porque transitamos infinitas subjetividades.

Creo que la cuestión de la enseñanza traspasa lo meramente disciplinar para encontrarse directamente con la interioridad y subjetividad de los alumnos que demandan más allá de nuestro saber.

Una de las problemáticas más graves que se plantean es el constante cuestionamiento del para qué de los tópicos a desarrollar.

Es cierto que nuestros alumnos demandan hoy en día conocimiento aplicable a las distintas profesiones a las que deberán insertarse. Es difícil erradicar el pensamiento utilitarista en un contexto en donde lo que se demanda es la capacitación permanente y donde las nuevas tecnologías nos superan y se modifican día tras día. Hoy el difícil mercado laboral exige profesionales idóneos y desde las aulas se debe preparar a los futuros profesionales a las realidades de la práctica cada vez más competitiva. Es allí entonces donde tropezamos con una contradicción. Cada situación de clase es un aprendizaje donde tratamos de preparar a nuestros alumnos como seres humanos individuales, respetando cada momento de ellos, advirtiendo a cada instante su interioridad.

Logramos un contacto con ellos donde podemos llegar a conocerlos, donde nos sentimos que hemos derribado un muro y donde el aprendizaje es por fin un fluir y un intercambio mutuo.

¿Cómo actuar entonces cuando esos mismos seres humanos se enfrentan a la realidad que cada vez es más deshumanizante? ¿Cómo vincular la realidad de una enseñanza que debe tener en cuenta la subjetividad para llegar al buen puerto del conocimiento, con la realidad de un futuro que no contempla esa interioridad y que celebra solamente eficaces resultados?

La docencia es un bello aprendizaje, es cierto. Se sabe que nuestros alumnos cuando aprenden lo hacen superando obstáculos hasta llegar a la consolidación del saber. Creo que el objetivo de la buena enseñanza radica en que más allá de la pregunta del para qué tal o cual contenido, el alumno debe sentir que luego de un período de aprendizaje algo ha cambiado dentro de sí mismo y que tal conocimiento puede traspasar las paredes del aula.

Que hay algo que domina y que puede aplicarlo en situaciones diversas. Que ese mismo conocimiento puede enriquecerlo con la realidad de la práctica profesional y no llegar recién a conocerlo en el mundo del trabajo. Pues la realidad del proceso cognitivo es que afortunadamente no es un acto acabado.

La docencia es un bello aprendizaje pero creo que puede correr peligro de achatarse si permanentemente no refor-